

¡El animalito era tan lindo y parecía tan bueno!

Se acercó á él, lo palpó, y notando que aún estaba caliente, Tartarin se arrodilló, y con una de las puntas de su faja argelina procuró restañar la sangre del desgraciado animal; y era en verdad cosa que enternece sobremanera el ver á tan grande hombre cuidar con tanta solicitud á un borriquillo.

Éste, al contacto suave de la sedosa tela, abrió sus grandes ojos grises y movió dos ó tres veces las orejas como para decir: "¡Gracias!... ¡Gracias!...", Después una fuerte convulsión le sacudió desde la cabeza á la cola, y no volvió á moverse más.

—¡Negrito!... ¡Negrito! exclamó de repente una voz angustiada. Y al mismo tiempo las ramas de un seto próximo se abrieron... Tartarin á duras penas pudo prepararse y ponerse en guardia.

¡Era la hembra!...

Apareció ésta terrible, rugiente, en la forma de una vieja alsaciana, con un pañuelo atado á la cabeza, armada con un enorme paraguas colorado y preguntan-

do por su borriquillo á todos los ecos de Mustafá.

Ciertamente que hubiera sido preferi-



ble para Tartarin hallarse enfrente de una leona que de tal bruja. En vano el desgraciado procuró explicarle el caso, diciéndole que Negrito le había parecido un león. La vieja creyó que se burlaba

de ella, y echando por la boca enérgicos *tarteifle*, interjección alsaciana que traducen muy gráficamente y usan sin cesar los españoles, cayó sobre nuestro héroe á paraguazos. El tarasconense, lleno de confusión, se defendía cuanto le era posible, parando los golpes con su carabina, sudando, saltando y gritando:

—¡Pero, señora... pero, señora!

Mas ésta no hacía caso, y redoblaba sus golpes.

Felizmente, un tercer personaje se presentó en el campo de batalla. Era el marido de aquella furia, alsaciano también, bodegonero además, y que entendía muy bien de cuentas.

Cuando vió de lo que se trataba, y que el matador no pedía otra cosa sino abonar el precio de la víctima, desarmó á su esposa y se entendieron.

Tartarin pagó doscientas pesetas por un asno que valía diez, pues éste es su importe en los mercados árabes; después enterraron al pobre Negrito al pie de una higuera, y el alsaciano, puesto de buen humor por las monedas tarasconenses, invitó al héroe á que fuera á

desayunarse á su figón, situado á algunos pasos de allí, en la orilla del camino, y se dirigieron á él.

Los cazadores argelinos solían almorzar los domingos en aquella taberna, porque aquella llanura era fértil en caza, y en dos leguas á la redonda no se encontraba mejor sitio para matar conejos.

—¿Y los leones? preguntó Tartarin por el camino.

El alsaciano le contempló admirado.

—¡Los leones!

—Sí. ¿Veis algunos? repuso el pobre hombre con menos seguridad.

El tabernero soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Ah! ¡Qué gracial... Leones... ¿para qué?...

—¿No los hay, pues, en Argelia?

—¡Jamás he visto ninguno! Y, sin embargo, hace veinte años que habito esta provincia; pero me parece haber oído decir en los periódicos... Mas es muy lejos, allá, al Sur...

En aquel momento llegaron delante del figón, que se parecía en todo á los

que, situados en caminos y carreteras, llaman ventas ó ventorrillos, que tenía una rama de pino colgada encima de la puerta, y este letrero, que no dejaba de ser significativo:

LA CITA DE LOS CONEJOS



VII

HISTORIA DE UN ÓMNIBUS,

DE UNA MORISCA Y DE UN ROSARIO

ESTA primera aventura hubiera bastado para desalentar á muchas personas; pero hombres del temple de Tartarin no se abaten tan fácilmente.

—Los leones están en el Sur, pensó el héroe; pues bien, iré al Sur.

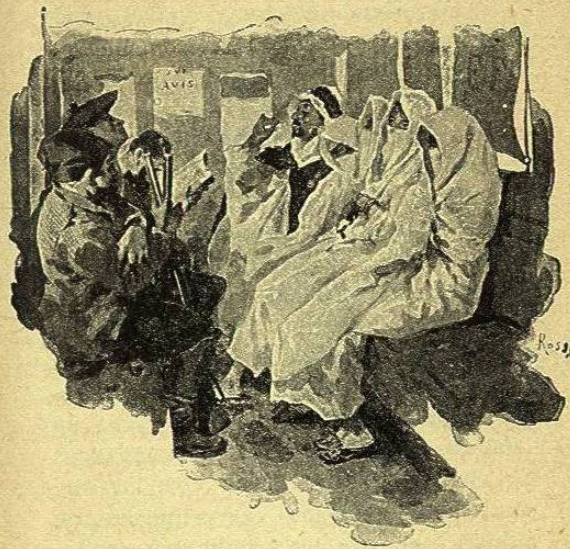
Y cuando acabó su desayuno, se levantó, dió las gracias al tabernero por su fineza, abrazó sin rencor á la vieja, vertió una última lágrima en recuerdo del pobre Negrito, y volvió apresuradamente á Argel á buscar su botiquín, sus conservas y sus cajas de armas.

Desgraciadamente, el gran camino de Mustafá parecía haberse alargado desde la víspera; hacía un sol y había un polvo insoportables; la tienda de campaña pesaba los imposibles; Tartarin no se sintió con valor para seguir á pie hasta la ciudad, y haciendo señal al primer ómnibus que pasó, tomó asiento.

¡Ah, pobre Tartarin de Tarascón! ¡Cuánto más le habría valido para su nombre, para su gloria, no entrar en aquel fatal carromato y seguir pedestremente su camino, aun á riesgo de caer asfixiado bajo el peso de la atmósfera, de su tienda de campaña y de sus pesados fusiles rayados de dos cañones!

Con la subida de Tartarin, el ómnibus quedó lleno. En el rincón del fondo, con la nariz metida en su breviario, iba un

cura, de Argel, de gran barba negra. Enfrente, un joven mercader moro, que fumaba gordos cigarrillos. Después, un



marinero maltés y cuatro ó cinco moras enmascaradas, envueltas en telas blancas, á manera de capuchones, y á las

cuales no se podía ver sino los ojos. Estas señoras venían de hacer sus oraciones en el cementerio de Abd-el-Kader; pero esta visita fúnebre no parecía que las había entristecido.

Se las escuchaba reír y charlar, murmurando bajo sus semi-caretas, comiendo bombones.

Tartarin creyó advertir que ellas le miraban mucho; una especialmente, que iba sentada frente á él, y que plantó su mirada en la del bravo tarasconense y no se la quitó de encima en toda la travesía.

Aunque iba la dama encubierta, la vivacidad de aquellos ojos negros, alargados por la sepia ó el k'hol, la belleza de la mano y de un antebrazo cargado de pulseras de oro, que de vez en cuando se dejaba ver por entre las tocas ó velos; el sonido de su voz, los movimientos graciosos, casi infantiles, de aquella cabecita, todo indicaba que debajo de aquellas telas se ocultaba una personilla adorable.

El desgraciado Tartarin no sabía dónde arrinconarse. La muda caricia ince-

sante de aquellos lindos luceros de Oriente le turbaban, le agitaban, le hacían morir. Tenía calor, tenía frío, alternativamente...

Para rematarlo, la diminuta pantufla de la dama, sin saber cómo, había llegado hasta sus botas, y allí había tropezado, y allí se removía como un ratoncillo inquieto, y se paraba con dulce presión, y volvía á moverse. ¿Qué hacer? ¿Responder á esta mirada y á esta presión? ¡Sí! Pero las consecuencias... ¡una intriga de amor en Oriente es cosa seria y terrible!... Y con su imaginación meridional, el valiente hijo de Tarascón se veía ya sorprendido, cayendo en manos de los eunucos, decapitado, ¡y algo peor que esto quizás! encerrado luego en un saco de cuero, y arrojado al mar su tronco y su cabeza, cada cosa por su lado.

Este espectáculo lo enfriaba un poco... Mientras tanto, la pequeña babucha continuaba su tarea de dulces pisotones, y los ojos de la vecina se abrían desmesuradamente, clavados en él como dos flores de terciopelo negro, y que

parecían decirle: "Cógeme", ó "cómeme."

El ómnibus se paró. Estaban en la plaza del Teatro, á la entrada de la calle Bab-Azoun. Una por una, trabadas en sus anchos pantalones, ciñéndose los velos con gracia selvática, las moras bajaron del coche.

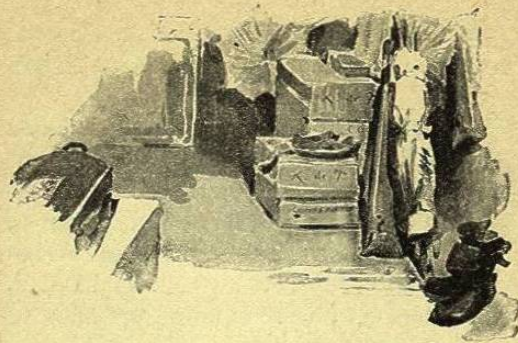
La vecina de Tartarin se levantó la última, y, al levantarse, su rostro pasó tan cerca de nuestro héroe, que casi le rozó, envolviéndolo con su aliento juvenil, perfumado de jazmines, de almizcle y de confites.

El tarasconense no resistió. Ebrio de amor y dispuesto á todo, se lanzó detrás de la mora... Al ruido de su correa, armamento y botas, la mora se volvió, puso un dedo sobre su media careta inferior, en el sitio bajo el cual se ocultaba la boca, como para imponerle prudencia, silencio, reserva, y con presteza, con la otra mano, le arrojó un pequeño rosario perfumado con jazmines. Tartarin de Tarascón se bajó para cogerlo; mas como nuestro héroe estaba un poco gordo, y además iba cargado con tanta im-

pedimenta, la operación fué difícil y más larga de lo que debiera.

Cuando logró levantarse, con el rosario apretado contra su corazón, la mora había desaparecido.





VIII

LEONES DEL ATLAS,

¡DORMID EN PAZ!

LEONES del Atlas, ¡dormid tranquilos en el fondo de vuestros retiros, en los álces y los cactus salvajes!... Por algunos días aún, Tartarin de Tarascón no os matará. Por el momento, todo su tren de guerra — caja de armas, botiquín, conservas alimenticias — reposa apacible-

mente embalado en la fonda de Europa, ocupando un rincón del cuarto número 36.

¡Dormid sin miedo, grandes leones rojos! El tarasconense busca á su mora. Desde la escena del ómnibus, el desgraciado cree sentir constantemente en su pie, en su enorme pie de trapense, los escarceos del ratoncillo; y la brisa del mar, al tocar con su semblante, siempre le trae á la memoria el perfume de confites y de anís mezclado á almizcle.

¡Necesita su mora! No puede seguir viviendo sin ella.

Pero no es negocio fácil encontrarla. Hallar en una ciudad de cien mil almas á una persona de la cual no se conoce sino el olor, la presión de un pie, al acariciar por este sistema, y el color de sus ojos. Nadie es capaz en el mundo, como no sea un tarasconense herido de amor, de intentar semejante aventura.

Lo terrible del caso es que todas las moras, envueltas en sus blancos trajes, se parecen; además, estas damas no salen nunca, y cuando se quiere verlas, es preciso subir á la parte alta de la ciudad,

á la ciudad árabe, á la ciudad precisamente de los *Teurs*.

Un verdadero laberinto de gargantas



y desfiladeros es esta parte de la ciudad. Callejuelas negras, sucias, estrechas, empinadas, cortadas á pico entre dos filas de casuchas misteriosas, cuyos techos se juntan al exterior, formando tol-

do á la calle y semejando ésta desiguales túneles. Puertas muy bajas, ventanillas cerradas siempre, tristes, con rejas. Y después, á derecha é izquierda, un montón de puertas, donde los feroces *Teurs* de cabezas de pirata, ojos blancos y dientes brillantes, fuman largas pipas hablan en voz baja, como si concertaran criminales golpes de mano.

Decir que Tartarin atravesaba esta ciudad formidable sin emoción, sería mentir. Iba, por el contrario, muy conmovido, y en estos callejones oscuros, cuya anchura no era más que suficiente para que el gran vientre de Tartarin pudiera deslizarse, se aventuraba nuestro héroe con todo género de precauciones, la vista en acecho, el oído alerta, la diestra empuñando la cox del revólver, oculto bajo la ropa que cubría aquel corazón tan grande. Ni más ni menos de como iba en Tarascón por las noches al Círculo. A cada instante esperaba que se le echase encima una banda de eunucos ó genízaros; pero el deseo de encontrar á su dama le daba alientos, audacia y fuerzas hercúleas.

Durante ocho días, el intrépido Tartarin no abandonó los barrios altos de la ciudad. Tan pronto se le veía plantado á la puerta de los baños moros, esperando la hora en que las mujeres salen por grupos, estremeciéndose y gozosas de sus abluciones; tan pronto aparecía pegado á la puerta de las mezquitas, sudando y soplando para sacarse las botas antes de entrar en el santuario.

A veces, cuando á la caída de la noche emprendía su excursión á la fonda, desesperado por no haber descubierto nada, ni en la casa de baños ni en la mezquita, el valiente Tartarin, al pasar por delante de alguna casa morisca, escuchaba el rumor de monótonos cantos, apagados sonos de guitarra, suaves golpes de pandereta ó tamboril y risas sofocadas de las bellas reclusas, haciéndole todo latir con fuerza y apresuradamente el corazón.

—¡Acaso está ella ahí! se decía.

Entonces, si la calle estaba desierta, levantaba el pesado aldabón del postigo en tal cual puerta, y tímidamente lo dejaba caer. Las canciones se interrumpían.

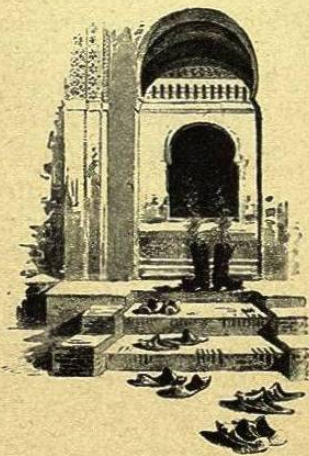
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

pían al punto y cesaban las risas. Nada más se oía detrás del muro, á no ser leves cuchicheos vagos, como en una pajarera donde reinara el sueño.

—Preparémonos, porque me va á pasar algo, pensaba el héroe.

Lo que á menudo solía sucederle era que le caía encima de la cabeza algún jarro de agua, ó bien una lluvia de cáscaras de naranja ó mondaduras de higos de Berbería, ó un puñado de huesos de dátiles...

Y... nada más; nunca le pasó otra cosa. ¡Leones del Atlas, dormid todavía en paz!



IX

EL PRÍNCIPE GREGORY

DE MONTENEGRO

HACÍA dos largas semanas que el infortunado Tartarin buscaba infructuosamente su dama argelina, y es verosímil pensar que todavía la estaría buscando á estas horas, si la Providencia de los amantes no hubiera venido en su ayuda en forma de un caballero montenegrino.

He aquí cómo:

Durante el invierno, todas las noches de los sábados el gran teatro de Argel da su baile de máscaras, ni más ni menos que si fuese la gran Ópera de París. Es, por supuesto, el insípido baile de máscara provinciano. Poca gente en el salón, algunas perdidas de Bullier ó del Casino de París, vírgenes locas que siguen al ejército, hermosuras ajadas, arruinadas que emigran á su derrota, y cinco ó seis pequeñas planchadoras mahonesas que se lanzan á la vida alegre, pero conservando de su época de virtud el vago perfume del ajo, de las salsas y del estropajo mismo. El verdadero carácter del baile no está en el salón, sino en el fumadero, transformado por las circunstancias en sala de juego. Una muchedumbre febril se codea y aprieta en baturrillo allí, alrededor de largos tapetes verdes. Soldados turcos con licencia, que van á apuntar sus cuartos del prest ó del plus; moros comerciantes de los barrios altos; negros, malteses, colonos del interior que se han echado al cuerpo cuarenta leguas para venir á arriesgar á un *as* el

importe de un carro ó de un par de bueyes que vendieron en el mercado...; todos estremeciéndose, pálidos, con los dientes apretados, y con esa mirada especial de los jugadores, turbia, confluyente, y que llega á ser bizca á fuerza de fijarse, sin pestañear un punto, en la misma carta.

Más allá son tribus de judíos argelinos que juegan en familia. Los hombres llevan el traje oriental horriblemente adornado, con medias azules y gorros de terciopelo. Las mujeres, engreídas y descoloridas, se mantienen tiesas en sus ajustados petos de oro... Agrupada alrededor de la mesa, toda la tribu chilla, concierta sus jugadas, cuenta por los dedos y juega poco.

De cuando en cuando, después de largos conciliábulos, un viejo patriarca, con barba de Padre Eterno, se destaca del grupo y va á arriesgar el duro de la familia. Entonces, mientras duran las jugadas, un brillo siniestro de ojos judíos vueltos hacia la mesa, terribles ojos de amante negro que hasta hacen temblar las monedas de oro sobre el tapete,